

gase en cuenta que depende de unos cuantos días de convivencia, en el mejor de los casos, cuando no de unas cuantas horas, o incluso, minutos de charla. Estamos operando entonces con opiniones personales, simpatías y antipatías, enjuiciamientos muy someros respecto de la capacidad intelectual, preparación profesional, entusiasmo con las tareas que se les sugieren, etc. El peligro está, pues, en la radicalidad del juicio; el aprendiz de la información suele dejarse llevar siempre por la primera impresión, todas las veces endeble. Si no se tiene una gran experiencia

La responsabilidad en el adolescente

I. Muy a menudo hablar del adolescente consiste en hacer resaltar algunas cosas del muchacho y de la muchacha que los sitúan en una evidencia más bien jocunda que provoca nuestra hilaridad.

No me parece nada adecuada esta manera. Sicológicamente constituye una inexactitud por mutilación; antropológicamente una injusticia. Lo adolescente también tiene su seriedad y su trascendencia, y a los que ya hemos cruzado nuestro ecuador, nos ofrece una visión de lo que realmente es la humanidad, que debiéramos aprovechar.

Teniendo en cuenta esta posible desviación, miraré de no caer en ella, y si lo que estoy escribiendo pudiera parecer jocundo en algún momento, ruego a quien lo lea que lo acepte no para sonreír, sino para intentar penetrar con mayor interés, mayor simpatía y amor en la dramática condición del ser adolescente, que hoy vamos a mirar desde la problemática de su responsabilidad.

Lo primero que debemos hacer es considerar que cuando nos damos cuenta de esta dramática condición de nuestro hijo, de nuestro discípulo, él, el adolescente, ya hace mucho tiempo que la siente y que la sufre. Tal vez no tenga una conciencia muy clara de ella, pero en lo más hondo de su mismidad siente la desazón de encontrar su paisaje interior derrumbado. ¿Qué paisaje es éste que se ha derrumbado? El del mundo de los valores.

Sumidos como estamos en un ambiente que parece empeñado en ignorar la importancia de los valores humanos, tal vez nos hayamos olvidado de su existencia y acaso nos costará aceptar que el adolescente también tenga un mundo de valores. Pero si pensamos rectamente nos daremos cuenta que precisamente lo que más nos advierte que el niño ha penetrado en la adolescencia es la sorpresa que nos causa cuando comienza a discutir nuestros valores anteponiéndoles otros distintos, opuestos.

El adolescente es mucho menos razonable que el niño —siempre dispuesto a escuchar la razón de los demás—, pero es infinitamente más razonador y por ello indaga, busca, discute para sólo dar valor a aquellos actos y aquellas situaciones que coinciden con sus intereses y anhelos. También por ser un gran

y un respecto profundo a la conducta ajena, el informe sobre las personas será más una calumnia que una opinión prudente. Hay que tener siempre la conciencia de que no se es exacto en la cualificación y estar dispuesto, en cualquier momento, a modificar y a aun cambiar radicalmente el pensamiento acerca de los sujetos que nos hemos enfrentado.

OSCAR SÁENZ BARRIO.

De la Comisaría de Extensión Cultural.

razonador que todo lo remueve con un nuevo instinto metafísico, se convierte en un hipercrítico, y lo primero que critica es aquel mundo de valores que los adultos, en vez de ofrecerle sabiamente de una manera callada y parsimoniosa, hemos querido inculcarle precipitadamente, un mundo de valores que él juzga mediocre, anticuado y de escasa utilidad para la necesidad de absoluto que siente.

Mediocre le parece la bondad que le ofrecemos, porque cree descubrir en ella unos pliegues de falsedad, de inautenticidad, casi de hipocresía; anticuada juzga la verdad que le inculcamos, porque los primeros contactos con el mundo del saber, aunque no los haya comprendido totalmente, le han indicado que había algo de erróneo en bastantes conceptos que nosotros habíamos aceptado inercialmente y a los que habíamos atribuido mayor valor del que realmente tenía.

Y en cuanto a la belleza, confundiendo él, y habiendo confundido nosotros, lo que realmente sea con lo que la moda pasajera le añade, sólo sirve para aumentar la discrepancia.

¿Es que realmente nuestra bondad es falsa, inauténtica, y acaso es cierta aquella hipocresía? No, ciertamente que no, pero sin darnos cuenta de ello también otorgamos la categoría de bondad a actos nuestros, o de nuestros abuelos, o de nuestros vecinos, completamente anodinos, intrascendentes, cuando no ridículos o molestos.

¿Es que realmente nuestra verdad era mentira? No, no lo era, pero también atribuíamos dogmáticamente el valor de verdad a ideas, suposiciones, fenómenos totalmente dudosos, inciertos, que habíamos aceptado alegremente no por convicción, sino por lo que tiene de cómodo lo rutinario y predigerido.

¿Es que nuestra belleza no era bella? Sí, lo era, pero la otorgábamos también a algunas cosas no porque fueran bellas, sino porque nos parecían griegas, o góticas, o cervantinas, o calderonianas.

Y el adolescente, que no es razonable pero cada vez se hace más razonador, que no se critica a sí mismo, pero que nos somete implacablemente a su hipercrítica, no acierta a ver la falta de bondad de sus sentencias tajantes, inclementes, no se da cuenta que combate la aparente verdad anticuada con lo más mudable que la ciencia de anteayer le ofrece, y se entusiasma esforzadamente con lo menos cierto de lo abstracto o lo neorrealista.

Entonces en su interior el mundo de los valores es

un campo de ruinas y la primera imagen que ve entre las derruidas es la de sus padres descendidos ya del pedestal de su omnipotencia, con los atributos de su sabiduría destruidos, minimizada la grandeza de su amor por egoísmos y nimiedades.

A veces la imagen derruida del padre, cuando éste había exagerado su omnipotencia, arrastra en su caída la imagen de Dios, y si la imagen de la madre también ha sufrido deterioro, con ella han tambaleado todos los valores de la familia, de la sociedad, de la cultura.

Esta es la dramática condición del ser adolescente que no puede servirnos de ninguna manera para sonreír, que hemos de saber comprender y que ha de atenuar nuestra prisa cuando le exigimos que sea ya de una vez consciente de su responsabilidad.

II. Será bueno, me parece, que nos preguntemos en qué consiste esto de ser responsable. Ser responsable es ser capaz de responder. Responder a quien llama a mi puerta, a quien me grita por mi nombre. Responder a una pregunta, a una cuestión. Y hacerlo por medio de palabras o señales que tengan relación con la pregunta o la cuestión y que la satisfagan.

También es corresponder con una acción a las acciones realizadas por otros; mostrarse agradecido; garantizar lo que hace otro; mirar que cada cosa que se hace, que se dice, guarde la proporción con las demás, sin hacer menos de lo que se nos pide, ni decir más de lo que se desea.

Por fin, responder es rendir algo, fructificar, huir del egoísmo y del ensimismamiento.

Entonces el responsable es aquel que se siente obligado a responder de sus actos, aquel que cuando le piden qué es lo que hace sabe decirlo explicando por qué lo hace, cómo lo hace y para qué lo hace. Aquel, ante todo, que sabe dar estas respuestas cuando quien se las pide es él mismo.

¿Por qué los padres, los maestros se quejan tan a menudo de que el adolescente no alcance esta calidad de ser responsable? Si queremos ser responsables nosotros, antes de dar respuesta a esta pregunta, será conveniente que nos planteemos otra cuestión, que es la siguiente: ¿Es posible esta calidad de responsable en el adolescente? ¿Esta es situación de salir de su egocentrismo, de romper su ensimismamiento? Puede saber el por qué, el cómo y el para qué de sus actos? ¿Ha tenido oportunidad de corresponder a las acciones de los otros con acciones propias? ¿Consta su vocabulario y su expresividad de todas las palabras y todas las señales convenientes para ajustarse a las preguntas que le hacen, a todas las cuestiones que le proponen?

¡Ah! Yo diría que no, que está demasiado atareado con la crisis de su cuerpo y de su espíritu para encontrar una respuesta para cada pregunta.

Yo diría precisamente que la adolescencia consiste en la incapacidad de responder a los demás. Pero antes de decir esto como una acusación, como una crítica, quiero ver qué parte de culpa tengo yo de esta incapacidad y si me siento responsable, he de decir que esta incapacidad de responder a los demás depende en gran parte de un exceso de preguntas intempestivas y mal formuladas.

¿Acaso nos pregunta nadie a nosotros tantas cosas fútiles como les preguntamos nosotros a ellos? ¿Cómo puede responder a nuestras preguntas si cuando aún no ha tenido tiempo de abrir la boca ya le hemos planteado otra cuestión? ¿Cómo puede responder si le preguntamos con un vocabulario excesivo, con un tono de tan suficiente pedante, de tan irónico impertinente?

De otra parte, cuando fue niño nos esforzamos en enseñarle a andar, cosa que él hubiera aprendido perfectamente por sí solo, y lo hicimos a veces con tal insistencia que llegamos al extremo de lo ridículo y de lo entorpecedor; tuvimos un gran empeño en que pronunciara papá y mamá antes de tiempo y nos esforzamos denodadamente en que usara correctamente palabras abstrusas; y algo más tarde le buscamos abecedarios con chacales para las cechaches, búfalos para las bes, y focas para las efes, sin tener en cuenta que aquellos animales no le decían nada de tan remotos como le eran; y un poco más tarde le procuramos un profesor de matemáticas y otro de latín, y alguna noche nos acostamos tarde intentando resolver con un él un problema de álgebra que se escapaba de su alcance y del nuestro.

¿Pero de la manera de ser responsable cuántas lecciones le dimos?

¿Estamos totalmente seguros de no haberle ofrecido nunca el mal ejemplo de nuestra irresponsabilidad?

Porque nuestro hijo y nuestro discípulo también han podido ver que no dábamos respuesta a alguna carta que nos la pedía, que hacíamos algunas cosas sin saber por qué las hacíamos, que a actos que otros realizaban en nuestro beneficio respondíamos con el silencio, la inhibición, y continuábamos sumidos en nuestro egocentrismo.

Sí, ciertamente, la adolescencia consiste muchas veces en la incapacidad de responder a los demás, pero en esta incapacidad hay una gran parte de la que somos responsables nosotros, los que ya hemos andado mucho camino.

III. Es preciso que paremos por un momento nuestro caminar por este trayecto, porque podría muy bien ser que hubiéramos partido de un punto erróneo. ¿Estamos totalmente seguros de que el adolescente no se siente responsable, que no es capaz de responsabilidad? Que no nos ocurriera lo que ya nos ocurría con él mismo cuando sólo era niño, que lo acusábamos de mentiroso y luego nos dimos cuenta que en vez de decir mentiras lo que decía era una verdad distinta de la nuestra.

Nos parece irresponsable porque ante unos principios que deseáramos inculcarles se nos escapa, no los cumple. Dejando de lado que lo de la inculcación me parece un mediocre proceder pedagógico, que algún día será preciso discutir, con ella sólo podemos infundir, a fuerza de repeticiones, el articulado de unas normas, no el sentido de una moral, y el adolescente —quizá porque no ha tenido que disimular aún tantos pecados— tiene más clara que nosotros la intuición de que la moral es una dedicación total, un compromiso firme, no una lista de prohibiciones, un conjunto de leyes.

Nos parece irresponsable porque ante nuestro criterio de que las cosas se hacen de esta o de aquella

manera, pasa de largo y las hace no según lo que nuestra norma dicta, sino según lo que aquella dedicación y aquel compromiso le inspiran.

Nos parece irresponsable por las constantes fallas de su proceder en las situaciones nimias, en las pequeñas del vivir anodino. Pero cuando la situación se torna dramática, trascendente, cuando el vivir exige valentía, sacrificio, ah, entonces el adolescente se dirige casi instintivamente hacia las acciones más valerosas, más arriesgadas, porque precisamente su moral es una dedicación total, un compromiso firme con los valores más altos.

De otra parte él se siente ávido de grandeza, de gloria; quiere escalar una cima más alta; anhela sobrepasarse, superar su propia hazaña y se da cuenta muy pronto que por donde más puede alcanzar esta superación es a través de aquellas acciones enlazadas con los valores morales más altos, y convierte la moral, como señala Debesse, "en una especie de deporte que le permite probar la fuerza de su voluntad".

El adolescente nos parece irresponsable porque deja que el teléfono suene largo rato sin atender a su llamada, porque se deja la luz encendida, porque abandona su abrigo de cualquier manera. Y ciertamente desde este margen es terriblemente, inconmoviblemente irresponsable. Pero si la llamada del teléfono resulta ser para algo urgente, grave, antes que nosotros nos demos cuenta de lo que exactamente ocurre, él ya ha partido veloz y en un gran esfuerzo ha sido el primero en llegar prodigando su auxilio. Se deja la luz encendida, pero es capaz de andar a oscuras un largo trecho para llevar la luz del entendimiento a un compañero, a una amiga, que la buscan sin encontrarla. Abandona el abrigo de cualquier manera, pero es capaz de entregarlo, como San Martín, al desvalido que tiene frío.

IV. Bien, podría pensar alguien: ¿por qué no te defines de una vez: es responsable o irresponsable el adolescente? La pregunta sería muy natural y tendría que responder a ella si quiero yo ser responsable. Yo estoy completamente decidido; quien no lo está es este ser de quien tratamos, porque ésta es su condición más determinativa: no estar nunca decidido, a pesar de la rotundez de sus afirmaciones; no estar nunca decidido, a pesar de lo categórico de sus negaciones. La condición más evidente de su existencia es la de estar pasando de la noche al día, del entusiasmo a la nostalgia, de la alegría a la desazón. No por inconstancia, no por veleidad, sino por ser demasiado sensible a todos los acontecimientos, por ser excesivamente permeable a todas las ideas, por tener el alma y el espíritu abiertos a todos los vientos. Y un ser así, tan magníficamente humano, tan extraordinariamente vital, tan excepcionalmente atraído, fascinado, por su propia vida y por la vida de los demás, no puede ser responsable en todos los momentos de su día porque ha de atender a demasiados estímulos, demasiadas atracciones y no puede responder a todos a la vez.

Tampoco puede ser irresponsable todas las horas, porque su vivir es una respuesta a la pregunta constante que le está haciendo su propio pensamiento, que le está haciendo su manera de estar emociona-

do, su manera de aspirar obsesivamente hacia una realización que ve lejana y confusa.

El adolescente es a la vez una gran pregunta y una gran respuesta. Lo malo para él para que lo comprendan, lo malo para nosotros para poder comprenderlo, es que casi siempre formula las preguntas y da las respuestas a quien no lo escucha por vivir en un mundo distinto, a quien está distraído porque tiene su preocupación. De otra parte el adolescente cuando escucha, calla, y cuando habla no escucha. Y a veces no nos damos cuenta que cuando más irresponsable nos parece es porque él, en su interioridad, está respondiendo a algo que le parece más vivo, más importante, de un valor más alto que aquello otro ante lo cual nosotros deseáramos que se manifestara su posible responsabilidad.

¿Cómo se sorprende, a veces, cuando le acusamos de su irresponsabilidad, cómo se sorprende si precisamente en aquel momento estaba buceando dentro de su espíritu para dar respuesta a mil preguntas que lo están acuciando!

Pero es que además no hay en él, como no hay nada en nosotros que no tenga su bipolaridad. Permanencia y progresión, placer y displacer, su mundo mágico y su mundo real, están trazando constantemente su historia. Sólo es capaz de progresar hacia nuevas estructuras de su persona en tanto que es capaz de permanecer adherido a lo que constituye su esencia. Sólo puede progresar hacia objetivos lejanos en tanto que permanece adherido al fundamento familiar y social del cual ha partido. Sólo puede convertir el placer de vivir en algo que sea provechoso para su alma, cuando ha conseguido engrandecer su manera de ser persona aprovechando la gran lección del displacer, sólo puede serle útil el placer cuando no ha huído ante el dolor y lo ha aceptado con toda su virtud purificadora. Únicamente encuentra la manera de saber estar en el mundo si desde su gran realismo ha sabido aprovechar los aspectos mágicos de la vida, si con su gran imaginación ha sabido penetrar más hondamente en la realidad del vivir humano.

¿Cómo no iba, pues, a tener su bipolaridad ante la cuestión que ahora tratamos? ¿Cómo podría ser responsable si no era capaz también de ser irresponsable? Claro, nosotros deseáramos que respondiera en seguida, a nosotros nos parece que una respuesta inmediata tiene más valor, y con toda seguridad mayor eficacia; y es casi seguro que estamos en lo cierto. Pero también es posible que la respuesta sea más cierta, se dirija más decididamente hacia el objetivo si ha surgido después de una cierta irresponsabilidad, después de un tiempo de no responder durante el cual el alma iba poniéndose tensa para dar el salto.

Es muy conveniente que ante el adolescente que no responde, que está en situación de irresponsable, sepamos hacer una distinción entre la responsabilidad por vaciamiento, por estar sin hacer nada, y la irresponsabilidad por estar atendiendo en otra dirección, respondiendo a otro estímulo, otra necesidad. El primero es el irresponsable total, el que vive mano sobre mano, pendiente tan sólo del reloj para ir a tumbarse en otra butaca, el que no tienen ningún proyecto de vida porque ya tiene un "plan" para la

hora del aperitivo y otro "plan" para cuando sale del cine. El segundo, cuando nos parece irresponsable, más ajeno a lo que le está ocurriendo y a lo que sería conveniente atender, tal vez nos lo parece porque en su interioridad está respondiendo la gran pregunta filosófica que le plantea su problema vocacional, está resolviendo la gran duda teológica que le plantea la conducta de su padre o de un profesor, está respondiéndose a sí mismo si está o no está enamorado. Nos parece irresponsable porque atiende a su gran tarea de estar trazándose su proyecto de vida.

¡Eres un irresponsable!, le decimos, y se lo decimos airadamente, porque ha olvidado tirar una carta al correo, o porque le ha pasado el plazo para formalizar una matrícula, y él se queda sorprendido ante nuestra acusación, y su aire de sorpresa nos enoja y aumenta nuestra ira y repetimos la acusación con mayor vehemencia, con mayor pasión, escapándose por aquel afecto la lista de otras irresponsabilidades inscritas en la agenda de nuestros resentimientos.

Y él calla, calla obstinadamente porque no acierta objetar, o no se atreve a decir que había olvidado tirar la carta porque había dedicado toda su atención a otro encargo que le había hecho un amigo mucho más necesitado que nosotros de su ayuda, que le pasó el plazo de la matrícula porque había entregado toda su actividad a la organización juvenil a la que se había enrolado haciendo caso de nuestra pertinaz insistencia.

O sea, que cuando más irresponsable nos parece quizá es cuando está respondiendo más decididamente, más intensamente a algo que si no forma parte de nuestro interés, de nuestro mundo, forma parte principal del suyo.

V. Sería lamentable que después de todo lo dicho alguien creyera que me estaba esforzando en presentar al adolescente como un cándido ser incapaz de error y de torpeza, incapaz de ser bastante veces más irresponsable de lo que somos nosotros mismos. No creo que esto ocurra, porque ya queda bien claro, supongo, que el adolescente es bastantes veces culpablemente irresponsable, y que entre ellos los hay que lo son de aquella manera total por vaciamiento del alma, por el solo cambiar de butaca para seguir estando mano sobre mano, con muchos "planes" y sin ningún proyecto.

No, no, creo firmemente en la posible irresponsabilidad del adolescente y por ello me he esforzado siempre buscando aquellas maneras con las que trazar una pedagogía de la responsabilidad. Y lo que más esencial y más urgente me ha parecido ha sido intentar comprender el adolescente en tanto que persona, comprender su irresponsabilidad en tanto que fruto de nuestras culpas y de nuestros errores.

En segundo lugar tenemos ante nosotros la gran tarea y obligación de ayudarle en esta dramática condición suya de ver cómo ante él se derrumba el mundo de los valores. Seamos responsables nosotros y hagámonos esta pregunta: ¿por qué en el adolescente dejan los valores de ser permanentes? Porque entre los que le hemos propuesto que realmente merezcan serlo hemos hecho pasar muchos otros que son mudables, contingentes, y los hemos hecho pasar, a ve-

ces, como si fueran los más esenciales arrastrando luego en su caída todos los demás.

Démosle sólo aquellos que no hayan de derrumbarse, aquellos que están por encima de toda circunstancia. No le propongamos ninguno, mientras es niño, que no tengamos la certidumbre de que también podremos proponérselo como cierto cuando ya sea adolescente. No le propongamos ninguno, mientras es adolescente, que sepamos que no podrá ser mantenido en la madurez. Pensemos que nosotros mismos le obligamos a una instrucción, a un tipo de cultura que le proporcionara motivos y argumentos para tambalear todos los valores que no sean realmente estimables. No le propongamos nunca nada que luego más tarde haya de ser anulado o propuesto de otra manera.

Sepamos ver de cada valor qué es lo esencial, aquello que dura más allá del tiempo, que permanece más allá del espacio local, distinguiéndolo claramente de lo que es secundario, accesorio, aquello que el uso y el abuso añade a cada valor desvirtuándolo, y pongamos todo nuestro énfasis en lo esencial, desechando lo secundario. Dando importancia a lo secundario abriríamos el hoyo del escepticismo, de la duda, del engaño para que cayera en él algún día.

Demos, por ejemplo, a lo religioso el valor de la Creación y de la Redención, y no nos entretengamos demasiado con una piedad mínima que algún día provoque sonrisas de burla y bostezos de tedio. Demos todo el valor a la omnipotencia y a la omnisciencia divinas sin confundirlas con lo arbitrario y lo desconcertante. Démosle el valor del milagro auténtico y nos entretengamos con lo dudoso, demasiado frontero con lo grotesco.

Demos a lo patriótico el valor de lo que dignifica y enaltece los hombres que forman parte de la misma comunidad de lengua y de paisaje, y tienen una similitud de anhelos, desechando todo aquello que sea accesorio y sólo puede ser útil para alcanzar un beneficio personal.

Procuremos dar mayor fuerza a aquellos valores que pueden coincidir con los intereses del muchacho, con los afanes e ilusiones de la muchacha. Demos más énfasis a aquellos valores que pueden coincidir con el ansia del adolescente de integrarse en lo social, en lo universal y que puedan servir para su gran esperanza de poder participar en la dinámica del mundo.

Nos será muy conveniente poseer la suficiente ironía para, a través de ella, vernos a nosotros mismos dentro de una rotunda relatividad, evitando con ello encaramarnos sobre un pedestal demasiado alto, desproporcionado a nuestra insignificante figura y desde el que nos caeríamos con estrépito en el momento de la crítica, arrastrando en pos de nosotros los mejores valores.

Hemos de saber ver a tiempo lo distinto que es ocupar dignamente el lugar jerárquico que realmente poseemos en tanto que padres, de colocarnos nosotros mismos en una magnitud de omnipotencia que no es cierta, ni sería justa, y que de otra parte nuestros propios actos cotidianos cuidaran de desmentir minuto tras minuto.

Tan malo es que no nos corriamos de nuestros de-

fectos como que queramos disimularlos con supuestas cualidades que no poseemos. ¡Qué insensatez ensanchar el pecho, levantar la voz, adoptar actitudes grandilocuentes antes nuestros hijos conociendo como conocemos nuestras insuficiencias y miserias!

A nuestros hijos les costará mucho aceptar nuestros defectos, comprender nuestros yerros; pero si nos vieran corrigiéndolos los comprenderían humildemente. Lo que no aceptarán nunca, lo que no tolerarán de ninguna manera es nuestra infatuación, nuestra petulancia, nuestro aparentar lo que no somos. Con su hipercrítica nos echarán de nuestro pedestal y con nuestra caída es posible que todo el mundo de los valores se venga abajo.

Me parecen tan insensatos estos padres que persiguiendo una camaradería imposible no saben ocupar entre sus hijos el lugar jerárquico que les corresponde, como estos otros que de tan alto como se elevan no pueden mantener el equilibrio y se desmoronan hecho añicos ante la crítica feroz y despiadada de sus hijos.

El adolescente, con su crítica implacable no va a dejar nada tranquilo y no perdonará defecto alguno, llegando con ello hasta la injusticia. No seríamos educadores nosotros, no dejaríamos de ser tan injustos como él, si no anuláramos su iconoclastia haciéndole ver lo que haya de bueno en cada persona, porque no hay nadie que no lo tenga. Pero aquí podríamos cometer un grave error: presentar lo bueno de cada cual no por un deber de justicia, sino con el intento de encubrir el mal. A más de no conseguirlo, con ello sólo obtendríamos una crítica más negativa aún, más destructora.

Y aún podemos hacer algo peor: al señalar la bondad de los demás, de los criticados y de los que aún no lo han sido, hacerlo de una manera inauténtica, y presentar como bueno lo que no lo es, o sólo es mediocre, molesto, antipático. Con ello, a más de ponerlos en la situación de falsario, estimularíamos la crítica feroz de lo que realmente es bueno.

No sería justo ni sensato, tal vez, informar al niño pequeño de lo que en el mundo de la verdad sólo sea relativo o aparente; pero más injusto y más insensato sería darle como ciertas, medias verdades o verdades totalmente falsas. Lo que en la vida puede haber de fantástico, de maravilloso, ya lo encontrará el niño por sí solo con su aguda imaginación, con su extraordinario mundo mágico en el que penetrará y del que saldrá por sus propios pasos sin ninguna necesidad de nuestra intromisión. Penetrar en este mundo mágico es una impertinencia, introducirle a él es una inconveniencia que algún día pagaremos a un precio muy alto, porque cuando el niño ya no sea niño, cuando ya se haya introducido en el análisis adolescencial de lo que sea la verdad, sólo creará lo que sea mentira, rechazando la auténtica verdad, desengañado de nuestras medias verdades.

No hay que hacer del niño un relativista, pero tampoco un crédulo tonto de gigantes y cabezudos, de cigüeñas y seres fantásticos con barba postiza. Entre estas falsedades que la crítica de la razón derrumbará —esta razón que en un error pedagógico hipertrofiarnos con una enseñanza exclusivamente racionalista— también se derrumbarán las verdades

auténticas; las del Evangelio, la de los Dogmas, las leyes de la naturaleza, de la historia.

¿Entonces qué, hemos de dar al niño una instrucción y una educación relativistas? No; hemos de darle simplemente, naturalmente, una instrucción y una educación verídicas. Nada que no sea totalmente cierto dado como si lo fuera; nada que sólo sea una verdad a medias, ofrecido como si fuera un dogma. ¿Cómo va a aceptar el Misterio de la Eucaristía, de la Trinidad, de la Resurrección, el adolescente que ha descubierto que no eran ciertas aquellas afirmaciones que tantas veces le habían repetido? ¿Cómo va a penetrar en el mundo de las ciencias exactas, de las ciencias naturales, aquel adolescente que ya de niño descubrió la falsedad del carbón que le traían los Reyes Magos?

Pero no habría bastante con decir la verdad y sólo la verdad, si en vez de hacer por convicción, por fe iluminada, lo hacíamos, como se hace tantas veces, por comodidad, porque resulta más fácil, más práctico. No, la verdad no es cómoda, los dogmas no son prácticos. Son o no son. El adolescente continuará adherido a los dogmas, a las grandes verdades del mundo, de la vida, si se los hemos ofrecido partiendo de nuestra convicción, de nuestra fe, de nuestro entusiasmo.

Ante el valor de lo bello nuestra actitud con el niño y con el adolescente ha de ser, de una parte, el ofrecimiento constante de un ambiente material y espiritual donde lo estético sea atendido, y luego tener una gran tolerancia en torno a las inclinaciones naturales del niño. Ni cromos feos por las paredes, ni músicas ramplonas en el tocadiscos, pero sin empeñarse en que nuestro hijo tenga que participar en nuestra inclinación por la "Cantata 147" de Bach, o que nuestra hija tenga que coincidir con nosotros en la admiración por "Las lanzas" de Velázquez, aceptando, si es así, que a él le guste Luis Armstrong y a ella le plazcan las pinturas de Juan Miró. No podemos ignorar que la belleza puede ser entendida intelectualmente, pero es sentido emocionalmente y cada cual ha de tener la posibilidad de emocionarse a su manera.

Dejemos al adolescente que encuentre bello aquello que le produce el placer estético, aunque no nos lo produzca a nosotros; no nos empeñemos en que sienta las mismas emociones que nosotros sentimos. Procuremos únicamente eliminar de nuestro entorno lo feo, y dejémoslo a él y a ella en libertad de sentir a tono con su edad y su época, y algún día con nosotros, ante un paisaje conmovedor, entonarán el "Jesús es mi alegría" de la "Cantata 147".

Ahora bien, si ante la formación de la responsabilidad del adolescente sólo hiciéramos esto, nuestra actitud pecaría de negativa. Más que dejar de hacer cosas feas, que dejar de decir medias verdades, que dejar de proponer bondades mediocres, importa que el adolescente se decida positivamente por algo trascendente; que decida responderse a sí mismo.

Aquel muchacho, aquella muchacha que hemos señalado pendientes de su reloj y de su "plan", totalmente vaciados, no lo son por su culpa. La culpa es de aquellos que no les enseñaron a formarse un proyecto de vida, o aún peor, que se lo impidieron por-

que durante la niñez ya los acostumbraron a que todo se lo encontraran hecho. Nunca pudieron realizar nada, sino una pataleta; nunca pudieron elegir nada, sino su capricho; nunca pudieron alcanzar nada porque ya se lo habían alcanzado, porque les dijeron constantemente que no se encaramaran, que no saltaran, que se estuvieran quietos. Y así no pudieron darse cuenta que vivir es trazar una historia, y que la historia es una proyección del pasado y del presente hacia el futuro. No pudieron, sobre todo, darse cuenta que estar en el mundo es trazar un proyecto de vida en complicación y renovación constantes.

La pedagogía positiva de la responsabilidad ha de consistir en que el adolescente tenga preguntas por

hacerse y que se atreva a responderlas. Que cada mañana pueda preguntarse: ¿quién soy, dónde estoy, a dónde voy? Que cada noche pueda preguntarse: ¿qué soy ahora que no era ayer, a dónde he llegado que antes no estaba, hasta dónde podré ir mañana? Si no surgen estas preguntas por delante de las nuestras, por delante de las de los profesores, no podrá responder a ninguna, no podrá ser responsable. Cuando le hayamos dejado tener un proyecto de vida, cuando haya alcanzado vencerse a sí mismo para irlo elaborando, habrá de responder cada día a las preguntas que le hará su propia vida, y respondiendo a ellas se hará responsable.

JERÓNIMO DE MORAGAS.

crónica

Estadística de la enseñanza universitaria española durante el curso 1956-57

Si siempre son sugestivos para el profesional divulgar aquellos aspectos importantes de las materias a que habitualmente dedica su actividad, al tratarse de las estadísticas, que presentan sus cifras con fiabilidad, la exégesis de ellas es una verdadera necesidad.

La importancia de las estadísticas no es preciso destacarla, pues tienen en la vida moderna tal importancia que son utilizadas por los poderes públicos para sus fines, de tal forma, que ayudan a aquéllos en su política legislativa en cada materia.

Recientemente se ha publicado por el Instituto Nacional de Estadística la Estadística de la Enseñanza Superior del Curso 1956-57, y en este trabajo se presentan nuevos datos, hasta ahora no incluidos en las publicaciones estadísticas.

En este estudio nuestro se trata de exponer algunas características de la población escolar universitaria, y se analizan varios aspectos que comprende, bien presentándolos aisladamente o en conexión entre sí, para ver la influencia que recíprocamente experimentan sus datos.

En el primer cuadro que se presenta figuran los alumnos matriculados en las Facultades españolas durante el Curso académico 1956-57, cuyas cifras son las siguientes:

FACULTADES	Varones	Mujeres	Total
Ciencias	6.655	1.499	8.154
Ciencias Políticas y Ec.	3.070	220	3.290
Derecho	18.460	1.011	19.471
Farmacia	3.624	3.950	7.574
Filosofía y Letras	2.143	3.747	5.890
Medicina	14.700	921	15.621
Veterinaria	2.204	11	2.215
TOTAL	50.856	11.359	62.215

De estas cifras resulta que los alumnos universitarios se reparten en las diversas Facultades en la proporción siguiente:

FACULTADES	Varones %	Mujeres %	Total %
Ciencias	10,7	2,4	13,1
Ciencias Políticas y Ec.	4,9	0,3	5,2
Derecho	29,7	1,6	31,3
Farmacia	5,8	6,3	12,1
Filosofía y Letras	3,5	6,0	9,5
Medicina	23,7	1,4	25,1
Veterinaria	3,6	0,0	3,6
TOTAL	81,9	18,0	99,9

Del examen de estos datos podría obtenerse la conclusión de que la carrera jurídica es la que despierta mayor vocación entre el alumnado universitario, pero teniendo en cuenta que esta carrera es requisito previo para ejercer otras profesiones, en que el título de licenciado en Derecho se exige como requisito para opositar —especialmente en los Cuerpos de la Administración General del Estado—, se deduce que la carrera con más vocación ejercida o, mejor dicho, que con mayor número de adeptos cuenta entre toda la población universitaria es la de Medicina, cuyos alumnos representan un 25,1 por 100 del total general de estudiantes, pues el que cursa esta carrera, en general, es para ejercerla.

La cifra de mujeres sigue en tendencia ascendente dentro de la proporción del alumnado universitario, y hay dos Facultades en que constituyen ya mayoría, o sea, en Farmacia y en Filosofía y Letras.

Las carreras de Ciencias son preferidas a las carreras de Letras y así las primeras las siguen un 59 por 100 del total general de alumnos. El fabuloso avance científico del momento actual debe de influir en esta tendencia; sin embargo, España presenta actualmente un ligero desequilibrio, poco acusado, entre la proporción de alumnos que cursan ciencias y siguen letras.

Alumnos universitarios clasificados por el lugar de la residencia de sus padres.

Es un dato inédito en las publicaciones estadísticas conocer el número de estudiantes que cada provin-